

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



Ya lo dijo el santo padre...

*Para Mario y Milagros
por la amistad que convoca*

Mi amiga Cirila Berger gusta decir que Jalapa, la capital veracruzana, “la cierran a las siete de la tarde”. Ello sintetiza fehacientemente la visión que tienen los habitantes del Puerto de Veracruz de la dinámica que posee su ciudad. Es una expresión espejo de cómo se conciben y asumen la vida los habitantes del puerto. Todos los caminos confluyen en la Plaza Constitución; todo es bullicio a lo largo del malecón.

Afortunados los que consiguen una mesa en el Café de la Parroquia, lugar venerado y conocido simplemente como La Parroquia. Que no es uno, sino tres lugares, como la santísima trinidad. La original en la Plaza Constitución cuyo nombre hoy es Café de los Portales y los dos locales que se localizan en una gran avenida llamada Insurgentes Veracruzanos. Veracruz es un estado productor de café; sin embargo, como bien lo saben en Europa, el secreto está en su elaboración. Por eso, cuando un conflicto separa a los dueños originales y pierden sus cafeteras, la gente se muda del centro hacia los nuevos establecimientos siguiendo la exquisitez de una tasa aromosa salida de las cafeteras centenarias. Ir al puerto y no detenerse en La Parroquia es hacer un viaje trunco. Quien que haya estado en Veracruz no recuerda el tintineo de un café lechero que es antesala de un placer inmenso.

Caminar por el centro del puerto es como hacerlo en La Habana o en Santo Domingo. Veracruz es más Caribe que otra cosa. Los colores, los sabores los ritmos son los del son caribeño. Una nieve gritada del Güero es un placer tan grande como una cocada, un dulce de tamarindo o una copa de Torito de cacahuete. Pocas ciudades mexicanas se prestan para caminar tranquilamente a la una de la madrugada y encontrar niños, mujeres, ancianos gozando del clima de 34 grados en un mes de marzo. En el puerto, como en La Habana, ante cualquier provocación se baila un danzón o un buen son.

La Plaza Constitución también es conocida como la “Plaza del Danzón”. Un grupo abre con una salsa exquisita y es como un conjuro que conduce al centro de la explanada a parejas de todas las edades y de todas las generaciones. Quedo maravillado frente a una pareja singular. Él, delgado, de mediana estatura, moreno, pelo negro, aproximadamente 52 años. Ella, bajita, morena, regordeta, aproximadamente 48 años. Vestido de flores estampadas, entallado. Luciendo toda su anatomía. Los dos gozando de la vida, sintiéndose los amos de la pista. Movimientos cadenciosos, a ratos frenéticos. Gozando de la maravilla de estar vivos, de saberse danzantes portentosos, admirados. Su vida: el baile; jarochos de tiempo completo. Qué maravilla, que gusto ver a la pareja de viejitos disfrutar de un rico danzón; y a los niños ensayando sus movi-

mientos promisorios.

Al lado, en los Portales de Miranda, un grupo formado por jóvenes va llevando a otros danzantes. Es el grupo “Juventud Sonera”, que recupera la tradición del son e incorpora ritmos nuevos. Invitan a un rapero que todos llaman “El Patillas” y que resulta un verdadero maestro. La joven vacacionista, acompañada de su madre queda fascinada con El Patillas. Con pena pero le pide un autógrafo y él se siente el rey de los portales; sus amigos lo festejan. Es la gloria de ser veinteañero, dueño de la vida, del mundo y del capital máspreciado de esta noche: de la música y de sus cadencias.

La noche porteña es motivo de optimismo. Cuando veo a todos esos cuerpos sudorosos que vibran al ritmo de un buen acorde y estallan en risas por el simple gusto de estar reunidos, me olvido de las calamidades que azotan a buena parte de nuestras ciudades y las diatribas de muchos hombres públicos. No cabe duda que México son estos seres maravillosos que se divierten y ríen de sus ocurrencias. Recupero aquellos años universitarios cuando soñábamos con transformar el mundo y creíamos en un mejor futuro. Regreso a aquellos años optimistas y promisorios. De bailes extenuantes y discusiones interminables. La palabra era la mejor palanca para construir al nuevo mundo; era el medio para revolucionar, seducir y conquistar nuestros deseos. Fuimos jóvenes que creíamos en el presente y el porvenir. Algo se mueve en el puerto que nos lleva del pasado al futuro. Encuentro razones para el optimismo y para pensar que pese a lo que hemos vivido en los últimos tiempos, todo saldrá bien.

El autor es politólogo, investigador de El Colegio de la Frontera Norte.